

Cuaderno N.º 2

COLECCIÓN ARIEL

Epitomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna.

Los buenos autores al alcance de todos.

8.

ROBERTO BRENES MESÉN

EL CANTO DE LAS HORAS

CONTENIDO

	<u>PÁGINA</u>
Preliminar	3
Éxito y gloria	5
Amor de creación	8
El Poder de la Obra de Arte	11
Palabra y Pensamiento	13
Poder creador del Pensamiento	17
El alma de las cosas	19
Castidad	24
Conciencia Cósmica	29
Casos de supraconciencia	33
La Inspiración	43
Soledad y silencio	50
El Arca del Símbolo	56
Ley de Obediencia al Maestro	63

El Autor del presente Ensayo inédito es uno de los escritores costarricenses. Aparte de numerosos artículos salidos en revistas y diarios del país, ha publicado: LA VOLUNTAD EN LOS MICROORGANISMOS (Alsina, Editor. 1905), contribución á la psicología comparada; el primer volumen (Fonología y Morfología) de una GRAMÁTICA HISTÓRICA Y LÓGICA DE LA LENGUA CASTELLANA (Lehmann, Editor. 1905); y una serie de poemas titulada EN EL SILENCIO (Alsina, Editor. 1907).

(Nota del EDITOR)

*Están dedicadas estas páginas
á mi compañera ANA MARÍA.*

Partía la nave del Crepúsculo: rumor de adioses perfumaba las postreras palabras de la tarde. Y á distancia, de entre los árboles oscuros, comenzaban á levantarse las primeras voces del canto misterioso de la noche.

Vagaba, meditando, por el campo y comencé á subir la falda de una colina. A medida que ascendía fuí sorprendiendo, por entre los murmullos confusos de la Naturaleza, algo como los últimos, dulcísimos fraseos de la tarde ó las primeras confidencias de la noche. La fatiga me invitó á sentarme sobre la callada yerba. Y las voces se alzaron más sonoras, más distintas: eran las palabras de las fuentes que despertaban al pie de la colina. Y ha sido para mí una encantadora noche de amor, porque las bellas é inspiradas Horas vinieron á reposar en torno mío.

Dialogaron las Aguas y las Horas en mi presencia, y yo escuché. Mis reflexiones se alejaban con la rumorosa frescura de las Aguas y volvían con el alegre vuelo de las Horas. Todos mis pensamientos se diluían en aquel canto de las Aguas y me sentía feliz. Era una vuelta al encanto de la Naturaleza, cuya sabiduría se infiltraba en mi

conciencia á través de todos los poros de mi sér.

Cuando regresé á mi hogar, al quedarme en silencio para evocar el recuerdo de las palabras de las fuentes, volví á escuchar, junto á mí, el misterioso canto de las Horas.

He tornado muchas veces á la sacra Colina de la Meditación para oír los siempre nuevos murmullos de las Aguas, para sentir en el sereno bosque de mi alma la inefable armonía del canto de las Horas.

Aquí está la letra muda de ese canto; la melodía está en mi corazón y está en el Universo.



Exito y gloria

Se busca la gloria y la inmortalidad en el frágil cristal de la memoria de los hombres y no en la armonía y la solidez de los pensamientos con que se tejen las obras que han de atravesar el océano de las horas en la barca de nácar y marfil de la inmortalidad. Con frecuencia se trabaja en el éxito y no en la obra de arte, olvidando que el éxito es del hoy y la obra de arte es de siempre.

El amor de la gloria personal corroe la sinceridad de las obras ó les infiere la ligera trizadura por donde se les escapa la savia de vida que constituiría su fuerza.

El éxito se aproxima á los hombres que lo llaman para verter en el corazón de sus obras el ponzoñoso corrosivo que las destruye, á cambio del oro que les deja ó de las aclamaciones fugaces con que los corona.

Ante mis ojos surge el siglo de Dante¹ como un promontorio de luz en un mar de sombra. Es el siglo del arte. Nunca, en las

¹ El siglo XIII, durante el cual se ejecutaron ó concibieron muchas de las grandes obras de arte en Europa. Entre ellas, la DIVINA COMEDIA, un viaje inmortal por el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, imaginado por el italiano Dante, uno de los mayores genios poéticos de la humanidad.

épocas posteriores, se ha comprendido mejor que entonces, cómo la existencia del artista debe encenderse toda entera, como una lámpara votiva ¹ ante la Isis ² velada del Arte. El amor del Arte tiene toda la fuerza, toda la atracción del sentimiento religioso, es una profunda y amable religión. Y así lo sintieron los grandes é ignorados artistas de aquel maravilloso siglo.

Una Catedral de Chartres ³ contiene hasta diez mil obras de arte y ni un solo nombre de artista. Oscura grandeza de alma! Crear la obra bella por el amor de la belleza, bajo el estímulo del ansia genial de crear, para renunciar á la obra tras largos años de meditación y de labor, es ser dos veces grande.

La inconsistencia de la gran mayoría de las obras de arte de nuestro tiempo se debe á esa falta de desinterés, á esa incomprensión del sacrificio como elemento constitutivo de la obra de arte y finalmente, á ese amor de gloria repentina, á esa desatentada búsqueda del éxito. Ser aclamado por las generaciones del presente y recordado por

¹ Son las que encendidas se consagran en los templos á una divinidad.

² El autor se refiere á la Isis que de tamaño natural y con el rostro velado, se encontraba delante de la puerta del oculto santuario en los templos de Tebas ó de Menfis (en el antiguo Egipto) y al pie de la cual se leía esta inscripción: *Ningún mortal ha levantado mi velo.*

³ En Francia. Una de las más hermosas catedrales de estilo gótico. Comenzó á construirse en 1194.

las del porvenir, parece ser el sueño de nuestros artistas, su ensueño de gloria. Porque así como la turba de las gentes busca su dicha en las holguras de la riqueza y en las tentaciones mareantes del poder y en los halagos pasajeros de la popularidad y no en la serenidad impasible de su alma, en la realización de los estados superiores de su conciencia, así la muchedumbre de los que pasan por artistas buscan la gloria en el aplauso lisonjero de los hombres, en el laudatorio clamor de la prensa y no en la vida amplia y profunda de sus obras. La inmortalidad está en mí, en la esencia de mi sér, en el agua divina de mi vida que yo debo derramar en mi obra de arte para que sea inmortal. Cuando esto haya hecho, qué podrán añadirle los demás hombres, qué podrán sustraerle á su grandeza? Si un fragmento de la Naturaleza viva cae en el alma de tu estatua, en la figura y color de tu lienzo, en dos estancias¹ de tu poema, tu obra será inmortal, cualquiera que sea el rumbo de tu suerte ó el fin de tu persona. Da inmortalidad la vida y nada otra cosa la da. Los aplausos sinceros se caen de los bordes de nuestra alma á la contemplación de la vida inmortal de la obra de arte; pero no la glorifican, como no prestan belleza á las noches de luna en el bosque nuestras palabras de admiración.

¹ Estrofas.

Amor de creación

El artista ha de vivir para su obra. Los instantes supremos de su existencia, sus momentos de dios desterrado de los cielos deben ser quemados como granos de incienso, lenta y divinamente, en el ideal incensario de su alma, para dar luz y fragancia á la vida de su obra. En sus horas de reposo puede tener la debilidad de pensar en el aplauso de su generación y de la siguiente, pero su pensamiento no debe continuar volando á ese nivel. Bien está que la alondra baje á los surcos que el campesino aró, porque bien pronto subirá cantando hacia el azul matinal de los cielos. Y así el artista: que piense en la conquista del tiempo, mientras disfruta del ocio infecundo, pero no cuando sueña y mucho menos cuando trabaja en la creación de su obra. «Al tiempo» escribió Esquilo ¹ al frente de sus obras. Pero cuán mal se ha comprendido su pensamiento. Aquel máximo poeta, glorificado en su tiempo, no podía esperar la justificación de los hombres del porvenir. Empapado de esa infalible certidumbre de la inmortalidad con que la vida sella las obras que llevan en su interior un haz de pensamientos altos, vibrantes y sonoros como un grupo de palmeras, sabía que sus tragedias podían en-

¹ Creador de la tragedia en el teatro griego.

comendarse á las frágiles manos del tiempo, no para ir en demanda de justicia y de gloria, sino para enseñanza y deleite de los hombres, durante una larga eternidad.

Para que el tiempo caiga de hinojos en la contemplación de la obra de arte, le dé su adoración y encerrándola en el maravilloso cofre de su memoria, la preserve de la injuria de los siglos, preciso es que se realice sin su concurso, sin contar los golpes de plata que percuten en sus gongs ¹ las horas de cristal.

Una hora de arte es una fresca tienda de seda rodeada de palmeras y naranjos en flor, plantada en las fatigosas arenas del desierto, al sol resplandeciente y devastador de la existencia. Quien pueble de tiendas su desierto para construir una sola obra, ese atravesará el océano del olvido en el esquife de caoba y de sándalo, con velas de púrpura, que conducen los remeros de la gloria.

Pero cada vez serán menos los audaces que crucen ese océano. A la inmortalidad se prefiere la reputación y el renombre. Acaso porque la inmortalidad es póstuma, ² si es que juntas pueden ir estas dos ideas? No, sino porque de la inmortalidad no se saca el provecho que del renombre y la reputación. No se sabe ser demasiado grande

¹ Un instrumento circular de cobre y estaño ó de plata que se toca con un mazo de madera y produce mucho ruido.

² Que llega después de la muerte.

para desear vivir exclusivamente en las obras. No se es demasiado artista para turbar con sus creaciones la tranquilidad de estanque de las almas contemplativas é imprimir en ellas un duradero recuerdo. No se es bastante creador para gozar infinitamente más con el éxtasis inefable del acto de crear y de abandonar lo creado á la admiración ó la controversia de los hombres que con su aplauso presente y pasajero. En frente de la verdadera magnificencia nuestros contemporáneos han engendrado el narcisismo,¹ esa enfermiza contemplación de sí en el elogio, en el aplauso enguantado de blanco. No se conoce ó se desprecia el magnífico desinterés. Su aparición, su preconización aparece como un síntoma de decadencia, «la señal típica de la degeneración» como asegura el helénico Narciso de Nietzsche con un profundo desconocimiento de la trascendencia del desinterés en las más bellas obras de arte, de religión y de filosofía que han traído al mundo las aureas estrellas de los magos que de tiempo en tiempo conducen á la humanidad al nacimiento de una nueva armonía ó una nueva grandeza. El impersonalismo no excluye la originalidad; antes bien, la alienta y la defiende. Cada escultor, cada arquitecto, cada ilumi-

¹ Es un sentimiento de adoración ó de simple admiración de sí mismo. Un ejemplo típico puede encontrarse en el *Ecce Homo* de Federico Nietzsche, citado y discutido filósofo moderno alemán.

nador, cada miniaturista del siglo de Beatriz¹ es el fundador de su propia escuela: sus obras arden con la luz imperecedera de su originalidad y no las firmaron con otro sello que con el del fuego de sus almas. Lo importante para el mundo es el aporte de una nueva palabra de luz y de fuerza: bien puede olvidarse el nombre del navegante que la trajo.

Pero el narciso no sabe llegar á esa cumbre ó á ese abismo del desinterés, porque se ama á sí mismo aún más que á su arte, al cual convierte en medio para su elevación entre los hombres. No se es artista por un voto resuelto y decisivo del alma, tanto más inquebrantable cuanto más libre y más consciente ha sido el alma que lo hizo en lo secreto de su amor por el arte. Los buscadores de renombre cortejan las bellas artes, por la dote, no por la belleza comburente² de su espíritu.

El Poder de la Obra de Arte

Oíste alguna vez los cantos en escala de la fuente que va llenando el cántaro de barro? Así es la voz del corazón, dulce y as-

¹ Es una alusión al siglo XIII, en cuyos últimos años escribió Dante su *Vita Nuova* y comenzó su *Divina Comedia*. En ambas obras aparece la simbólica figura de Beatriz.

² Abrasadora.

cedente, cuando las límpidas aguas de un sentimiento puro le van colmando; su música imprime al pensamiento y á la acción que entonces se produce una vibración intensa, una armonía simpática que ponen á vibrar todas las cosas con un temblor de sollozo ó de emoción. El ambiente de todas las grandes y bellas obras de arte posee esta reverberación musical que en las almas selectas se transforma en inspiración y poder creador. Nadie se acerca á ellas sin sentirse mejor y más feliz, sin hallar una excelencia más en su alma ó en la de los otros.

La obra de arte engendra la obra de arte. Su encanto está en producirnos la sensación de que podemos crear obras semejantes, de que la inspiración nos llega por momentos, de que un numen apolineo¹ planta su trípode en la más verde y más límpida colina de nuestra alma, de que su voz nítida como un cristal, se eleva de súbito á manera de un surtidor de aguas recónditas que viene á murmurar á nuestro oído misteriosas palabras de poder. La obra de arte sugiere fecundidad y amplitud de concepción; sublima² el timbre del oro de nuestra inteligencia; afina y eleva el tono del cordaje armonioso de las arpas de nuestro sentimiento. En su presencia y por la magia de

¹ Alude á la deidad que inspiraba en los antiguos templos á la pitia ó pitonisa, especie de monja que dentro del templo tenía una habitación no visitada por nadie que no fuese sacerdote ó vidente.

² Purifica.

su belleza y de su fuerza, el espectador de entendimiento se hace creador en algún modo. Porque aun la crítica es creación cuando realza la obra, cuando interpreta y cuando comenta.

La obra bella acaba por envolvernos en su atmósfera de emoción y de pensamiento. Nos eleva, y cuando descendemos al mundo de la vida ordinaria traemos una visión de belleza que difundiéndose por encima de las cosas de nuestro ambiente, las hermosea y determina un cambio de nuestra actitud hacia ellas.

Pero este poder de atracción, esa energía de sugestión exigen para su existencia un sacrificio: la radiación, la emanación del alma del artista en todos los instantes de su labor. Enfocando en la obra de arte que se realiza esas emanaciones la dejan viviente y brillante. La duración de su brillo depende de la energía intrínseca de la emanación del alma.

R. Breves Mesén

Palabra y Pensamiento

Abrid el ropero de una mujer que os sea conocida y la fragancia de las ropas os la traerá de cuerpo entero ante vosotros. Algo del sér humano queda en la atmósfera de las cosas de que se ha servido. La «estela de su paso» para el hombre puede ser metáfora; para el lebel, jamás.

Del flujo perpetuo de la vida en el hombre, algo, un rastro, se va quedando en sus ropas, en sus herramientas, en sus libros, en sus habitaciones, en las calles, en todas las cosas junto á las cuales se ha deslizado su existencia.

Nuestra vida se derrama como la luz del sol, sobre el mundo que nos rodea. Somos estrellas errantes y cuanto nos toca se queda irradiando la luz de nuestro yo. La Psicometría,¹ que parece arte de magos, descansa sobre ese principio tan sencillo. Así como las vibraciones del éter producidas por el primer grito del hombre sobre la tierra no han alcanzado aún el reposo, así mis acciones y mis palabras no cesarán de vivir en la Naturaleza. Las huellas del tránsito de cada hombre por el mundo están castigadas de inmortalidad. La naturaleza tiene su memoria más sensible y más fiel que la del mejor dotado de los hombres. Y por una ley magnética los efectos lejanos de la acción ó de la palabra, describiendo un círculo perfecto, volverán á caer sobre mi cabeza infaliblemente. «La lengua castiga» es una expresión ordinaria que describe el resultado final de una larga observación de la

¹ Es una facultad que poseen ciertos sensitivos de recibir impresiones de escenas, lugares ó personas relacionadas con el objeto que se les pone en la mano ó en la frente. Esta facultad fué descubierta y denominada Psicometría por el Profesor J. R. Buchanan, de Louisville (Kentucki), Estados Unidos.

humanidad. En efecto, cada palabra de amenaza que lanzo á los aires acabará por lapidar ¹ mi cabeza; cada palabra de amor volverá á mí con la mansedumbre de una caricia.

La palabra va lastrada de pensamiento. Es nave que vuela con la fuerza del sonido en sus velas y la potencia y el peso del pensamiento en su interior. Naves de estas en donde no viaja el pensamiento son naves náufragas que jamás vuelven al puerto.

La palabra es el cántaro de aire y éter en donde se contiene el ambrosiaco ² é incorruptible licor del pensamiento. Cuando los cántaros están llenos parecen más delicados y al ponerse en contacto con las errantes imágenes de nuestra mente, se trizan y rompen y la inundan con el licor y el perfume que contenían.

Pero el pensamiento tiene existencia real fuera y lejos de la palabra; es una fuerza y una cosa, una materia. En el mundo del pensamiento las ideas poseen la consistencia de las rocas. Son las unas de ágata ó de pórvido, de ónix ó de jaspe, de ripio decadente ó de diamante: la concentración del pensador les imprime la dureza, la imaginación dibuja los contornos y pinta los colores. Las ideas en el mundo del pensamiento son

¹ Apedrear.

² Con la fragancia de la ambrosía, el manjar que daba la juventud y la inmortalidad á los dioses de la antigua Grecia.

habitantes fantásticos, pero no fantasmas, no sombras, sino entidades como tú, como yo, como el potro que escucho relinchar á la distancia. Por un vínculo magnético esos habitantes fantásticos se han adheridos á su creador; pero disfrutan de una existencia independiente. Esos habitantes cuando aman, se reúnen; cuando odian, se repelen. Meditar es lanzar á ese mundo uno de estos habitantes para que vaya en busca de otros, que se enlazarán á él por afinidad simpática tan infaliblemente como en la fiesta social buscáis vosotros á vuestras amistades. Por eso, después de una larga meditación os encontraréis más ricos en imágenes mentales, más sabios, más resueltos: conoceréis mejor el asunto de vuestra meditación. Aún durante vuestro sueño podéis enriquecer vuestra sabiduría proyectando uno de esos pensamientos con el propósito de que busque á sus semejantes.

Concentrad vuestro pensamiento en torno del concepto de la belleza y acabaréis por haceros dueños de todas las imágenes de belleza, de todas las formas, de todas las palabras de belleza concebidas por quienes la han adorado en el mundo. Y cuando hayáis reunido todas vuestras fuerzas mentales en el alma de la imagen que es vuestra creación habréis realizado una operación divina: infundir un soplo de eternidad en vuestra obra. La cual, desconocida ó exaltada por el entusiasmo de los hombres, será imperecedera.

Poder creador del Pensamiento

Absurda han creído los hombres que es la expresión «crear de la nada». Han ignorado cuál es la potencia creadora de esa Nada. Es la Imaginación, es el pensamiento. Esas rosas de mi florero no tienen en mi mente una imagen tan clara como la de Prometeo ó la de Hamlet, la de don Quijote ó la de Fausto. Ulises, para mí, ha vivido tan realmente en la tierra como Julio César, y Lady Macbeth ó la Celestina, tanto como Catalina de Rusia ó María Tudor.¹ La energía del Pensamiento es creadora de vida. Nada en el universo viviría si no fuese la expresión de una divina idea de la Naturaleza.

Pensar es construir, edificar. Pero serán vuestros palacios de niebla ó de mármol, según la concentración de vuestro pensamiento en la hora solemne de la gestación. Las mentes-mariposas tejen hilos de ensueño, telarañas brillantes á los primeros rayos del sol, mientras están húmedas de rocío; hilos perdidos y flotantes cuando los dedos calurosos de las horas se han posado sobre ellas.

¹ *Prometeo, Hamlet, Don Quijote, Fausto, Ulises, Lady Macbeth, la Celestina* son personajes criados por la fantasía de Esquilo, Bacon-Shakespeare, Cervantes, Goethe, Homero, Bacon-Shakespeare, el Bachiller Rojas, respectivamente. Julio César, Catalina de Rusia y María Tudor son personajes históricos.

Ninguna obra duradera se improvisa. Puede concebirse como á la luz de un relámpago; mas para nacer á la vida demanda sus meses de gestación. Las obras no maduras, sin la debida gestación, son cincomesinas: el primer viento frío de la moda que pasa las arrastra al olvido y á la muerte.

De la muchedumbre de obras producidas en los últimos cincuenta años, cuántas duermen ya en los melancólicos cementerios de las aldeas innominadas:¹ eran cincomesinas!

Andaban en busca del éxito, y la gloria no les abrió las puertas de su panteón: no resucitarán jamás para venir á proporcionar una hora de encanto á los hombres.

El ansia del éxito engendra obras enfermas de una dolencia mortal: fiebre de concunción. No se han nutrido bastante en el alma, no se han bañado en las aguas virtuosas² del corazón: se mueren de hambre y de falta de amor.

En cambio, cuando el artista enciende en fuego de adoración todas las resinas fragantes de la selva de su alma y pone en los cestos que labraron sus manos todas las frutas maduras de las bellas y altas arboledas de su espíritu y abre todos los surtidores cantantes de su corazón, ha construido su obra como se edifica y embellece una quinta, en la soledad y apartamiento del campo: para tranquilidad y reposo de nuestra vida. Hay.

¹ Sin nombre.

² Que atesoran fuerza.

en efecto, obras que son como deliciosas quintas en donde gustamos pasar algunos días de felicidad, lunas de miel, noches de soledad y de amor, al susurro de los viejos árboles, á la pálida claridad crepuscular de los recuerdos. Son las obras inmortales que el genio elaboró con lentitud tras largos días de concentración de las fuerzas del espíritu.

Tardes doradas de verano son otras obras: mientras se las contempla pueden gustar, como al fulgor del crepúsculo ilumina su frente y sus cabellos la tarde. Ya puesto el sol se empalidece el cielo lentamente y la noche riega olvido sobre los colores encendidos de la tarde y al día siguiente otro crepúsculo suspendido sobre el horizonte comienza á borrar hasta el recuerdo del crepúsculo pasado. Son las radiantes improvisaciones del talento estimulado por el quemante ardor del éxito, por el democrático afán de exhibición. Y las obras se suceden á las obras, engendradas sin amor, traídas al mundo con el auxilio del forceps¹ que maneja la precipitación. Todo lo cual parece anunciar la decadencia irremediable del arte.

El alma de las cosas

Que no morirá jamás, porque son sus manos las únicas que están hechas para levantar el velo que cubre las escondidas be-

¹ Pinzas.

llezas del mundo; sus imágenes se visten con la luz de las estrellas, la cual, penetrando sus contornos, engasta divinamente el alma de las cosas y la hace visible á los hombres que por sí mismos no saben ó no se detienen á mirarla.

El alma de las cosas! La mente agita la materia. La vibración alta y poderosa del Alma del Mundo respira sutilmente en el interior de todas las formas. En las aguas infinitas de la vida, sin fondo y sin riberas, surgen unos en pos de otros los universos, como brotan del cielo de la tarde, unas en pos de otras, las estrellas. Todas las formas llevan un cántaro de vida en su seno, rebosante y tembloroso, como el pecho de una paloma enamorada. Con el cimbre de los rítmicos pasos de las horas, ondean las aguas en el cántaro y se derramarían si la flexibilidad de las formas no les diese la oportunidad de la evolución. Es la vida, el Alma del Mundo, la que ejercitando su presión sobre las formas, las hinche, las sutaliza, las rompe y esa vida se desborda en formas nuevas más amplias, más flexibles, más perfectas, constituyendo, de esta suerte, la fuerza secreta y poderosa de la evolución. Sólo la vida evoluciona. Cuando ella se aparta de la forma, ésta perece. Por eso cuanto tiene forma vive. Mas no al azar, sino con un propósito, con una idea fija: aquella planta para elaborar veneno, aquella flor para cazar un insecto, aquella piedra para reflejar ciertos rayos luminosos, aquella ave distante

para pescar en el mar. La forma es un símbolo: representa una idea, un pensamiento. El artista, en sus horas de creación, desgarrará con un gesto de amor los velos de las cosas, les descubre el rostro y escucha y traduce la intimidad de su palabra.

El artista, en una exaltación profética, descubre el sentido interior de las cosas, su relación con el mundo y con él, que contempla á que siente. Entonces dice la palabra justa, sorprende la línea ó el color, adivina la imagen, descubre el movimiento, el pensamiento, la palpitación de la vida recóndita y parece dotar al mundo de una nueva belleza, de una nueva verdad. Suele, por esta razón, preceder en sus concepciones el artista al hombre de ciencia.

De pronto, ante la estatua ó el cuadro, á la lectura del poema, surge en nuestro interior como un nuevo conocimiento sepultado hasta entonces en nosotros. Es una idea que se levanta por entre los árboles viejos del parque de nuestra imaginación y echa á correr á lo largo de los senderos, cantando, gritando, llamando otras ideas para que vengan á correr y á poblar el parque antes solitario. Luego, ya no leemos, ya no miramos cuadro ni estatua, sino el parque bullicioso de nuestra imaginación. Esas ideas bullen, juegan rondas alegres y finalmente se sientan á la orilla de la fuente á llenar sus ánforas¹ con las linfas rumorosas

¹ Cántaros.

y encantadas en que se han disuelto todas las cosas idas. Nos sentimos alejados del mundo; pero más dueños de nosotros mismos. Somos también creadores. El artista descubrió para nosotros aquel oculto sentido que ignorábamos y nos ha enriquecido con él.

«El alma de las cosas» no es una poética expresión para designar la nada ó la incomprensión de las cosas. Tiene, por el contrario, una profundidad que maravilla cuando se descende á ella.

Parece inmóvil al contacto de mi mano la columna de alabastro de mi lámpara. No obstante, el vertiginoso movimiento de sus intangibles¹ partículas no lo puede concebir mi fantasía. Qué fuerza las retiene y qué fuerza las empuja? Es siempre la Vida, siempre el Alma del Mundo.

Pero hay en el paisaje, en las escenas mudas de la tierra una extraña expresión, una actitud de vida que inspira un sentimiento hondo y una sensación de salud y de atracción. Es como la presencia de un sér divino junto á nosotros, en el corazón de la escena ó del paisaje. Y de tal modo se siente esto así que yo he comprendido la adoración de los númenes paganos² en el

¹ Intocables.

² Divinidades de los pueblos de la antigüedad. Entre ellos, *Pan*, el dios que gobernaba los rebaños y los prados. *Artemisa* es nombre griego de Diana la cazadora que recorre los bosques en compañía de las ninfas. La muerte repentina es infligida por alguno de sus gentiles dardos. Las *Dria-*

seno de los bosques y á las orillas de las aguas. Es Pan, es Artemisa, son las Driadas, son las Ninfas, las Valkirias, los Gnomos ó los Silfos. Algo divinamente hermoso y superior al hombre pone en agitación la vida del paisaje y hace vibrar profundamente el alma del artista.

Es esta la visita de las musas¹ que le traen misterios de línea y de color, de espíritu y palabra para que embellezca su obra. El alma del músico tiembla como un álamo mientras se van prendiendo á sus hojas las armonías del paisaje. Y entonces para mostrar al ciego cómo es la noche de luna toma su violín y el gran músico traduce en melodías todos los rumores y todas las formas de la tierra, exaltados y sublimados por la plácida agonía de la luna blanca.

En presencia del artista, con el alma conmovida, y á su conjuro, todas las cosas se abren como granadas maduras y él puede entonces apoderarse de las almas sagradas y secretas de las cosas. Sus pensamientos de esa hora caen sobre la plata de nuestra

das fueron los númenes que vagaban por los bosques, eran un grupo entre las *Ninfas*; éstas frecuentaban los ríos y las fuentes; las *Valkirias* son igualmente deidades escandinavas que de los campos de batalla conducían á los héroes al Walhalla ó cielo en la mitología escandinava. Los *Gnomos*, espíritus de la tierra. Los *Silfos*, espíritus del aire.

¹ Divinidades de la poesía, de la meditación profunda.

inteligencia como barras de bronce, pesadas, brillantes y sonoras.

Tirrenos¹ piratas arrebataron de la costa á Dionysos² para trasportarlo en su nave, á pesar de las protestas del piloto que sospechaba la presencia de un dios. Se hicieron á la mar y á poco pudieron contemplar con asombro que reverdecían los mástiles, y se engalanaban con coronas de flores, y serpeaban sobre las velas los sarmientos de las viñas, y fluía un arroyo de vino sobre la cubierta de la nave. Así en presencia del artista: las rocas mismas tienden al sol sus pensamientos de musgo y todo cuanto vive y se mueve está pronto á revelar su palabra, á declarar su misión, á hacer sonar la nota musical que le corresponde en el infinito concierto de los mundos.

Castidad

Mas para que se realicen estos prodigios de arcángel, preciso es respirar la casta vida del arcángel. La castidad viste de blanco al mundo; pone en los cuerpos desnudos un velo de azahares y en las almas deja correr una brisa de perfumes de flores silvestres.

Por las mañanas los lagos de luz desbordándose sobre la verdura de los paisajes, el

¹ Etruscos (italianos).

² Baco, el dios de las viñas entre los antiguos romanos y griegos.

canto de las aves y el himno de las aguas poseen una superior belleza cuando hemos vivido en medio de la delirante blancura de la castidad. Ella conserva embalsamados como en aromas de maderas olorosas nuestros sueños de amor, y nuestro corazón irradia los más delicados y sutiles efluvios durante nuestros días de voluntaria castidad. Las fuerzas del entendimiento se conservan íntegras y entonces se puede concebir la imagen encantadora de una Beatriz.

Aquel perspicaz psicólogo autor de *Las Flores del Mal*, Baudelaire,¹ escribía en su carnet² secreto después de señalar la necesidad de una labor enérgica: «Oración, sobriedad, espiritualidad, trabajo, castidad.» No otro fué el ideal de un Kempis³ ó un San Francisco de Sales. Porque la castidad como una limpia luna blanquea el sendero de zarzas de los santos y abre maravillosas flores en los valles y las colinas de la fantasía del artista. Se llega á amar la castidad como se ama la paz y tranquilidad del ánimo. Si ya no fuese como una aspiración de perfección el artista de hoy debería realizarla como el recurso de potencia más extraordinaria para atesorar fuerza creadora en sus facultades superiores. Grandes artistas las estropearon porque fueron á beber la inspi-

¹ Poeta francés (1821-1867).

² Diario.

³ Teólogo alemán (1380-1471) á quien se atribuye *La Imitación de Cristo*. San Francisco de Sales, eclesiástico francés (1567-1622) y autor de *La Introducción á la Vida Devota*. Á capítulos de estas obras se alude.

ración en el ajenjo y el haschish,¹ la morfina y el alcohol. Produjeron obras de brillo, no de consistencia.

La esterilidad de muchos de los genios del Arte, como de la Filosofía y la Ciencia, es un hecho bastante conocido, como si la Naturaleza también tuviese empeño en conservar para el progreso intelectual y espiritual, íntegras las energías de los más bellos y valiosos ejemplares de la humanidad.²

La castidad se levanta alegre y trabaja sin descanso hasta la noche; envuelve al sér humano en una atmósfera de reposo y seguridad que se comunica, como un perfume á quienes le rodean; vive en el silencio, la belleza y la blancura de una noche de luna.

Sin aquellas largas y castas reclusiones en la Sixtina³ quién se explicaría las obras maestras que contiene? Encerrose en ella Miguel Angel⁴ el 10 de mayo de 1508, sin mirar más rostros de mujer que los de sus creaciones, hasta 1512, en que salió con el alma dolorida y los ojos fatigados para re-

¹ Así se llaman las hojas del cáñamo indio, las cuales se fuman como el tabaco y sirven para preparar una bebida embriagadora que narcotiza produciendo ilusiones extrañas.

² De Honorato Balzac dijo Jorge Sand: «Sobrio en todo, fueron puras sus costumbres; temía los excesos como la muerte del talento; amaba á las mujeres por su corazón ó su inteligencia y fué su vida, desde muy temprano, la de un anacoreta.

³ Capilla del Vaticano, la residencia del Papa.

⁴ Italiano (1474-1564).

posar algunos meses. Solitario vivió durante los cinco años de su casi destierro de Santa Pietra y cuando ya el sol de su noble grandeza se inclinaba al horizonte entró de nuevo á la Sixtina para crear en ocho años de labor su *Juicio Final*. Pero entonces por el vastísimo parque de su alma divina, toda poblada de bellas y grandes estatuas, de telas y frescos, cruzó como una sonrisa de amor y de luz, con pies de paloma, aquella gentil Victoria Colonna,¹ que fué para el supremo artista el único sendero de rosas entre los muchos senderos de dolor en el vastísimo parque de su alma divina.

Y fué casto su encuentro, y fué de azucenas la majestuosa castidad de este triple arcángel del arte: pintor, escultor, arquitecto. Poeta de verdad sólo surgió cuando la luz de Victoria encendió todos los terebintos² olorosos del parque del alma de este arcángel.

Rompe la castidad las envolturas más toscas de la sensibilidad y pone al descubierto esa ternura infinita que tiembla como un suspiro al solo contacto de la luz y de la sombra que emanan de todas las cosas de la Naturaleza.

Cuando en las cercanías de Avignon,³ entonces asiento de una corte papal, á la

¹ Dama y autora italiana, célebre por sus virtudes y por las altas distinciones de que fué objeto.

² Árboles resinosos.

³ Célebre ciudad francesa, sobre el Ródano. Siete Papas residieron en ella.

puesta del Sol; Laura de Noves¹ pasea entre los árboles, un noble poeta solitario la mira á la distancia desde su morada de Vaucluse y celebra en canciones que se han hecho eternas la dicha inefable de mirarla, de adorarla en la lontananza con el apasionante amor con que se adoran los intangibles ideales: un ideal de belleza, un ideal del arte, de sabiduría, de la perfección.

La castidad del recluido, exaltando su imaginación, afinando su sensibilidad, dando profundidad á su sentimiento, puso á disposición de sus facultades los elementos necesarios para crear muchos de los más bellos sonetos y de las más bellas estancias del *Cancionero* de Petrarca.

El pedazo de madera arrojado en las aguas de la fuente Atamas² durante la menguante de la luna, se enciende y flota como una llama de oro. Tal pasa con el genio que se encierra en la Sixtina de su castidad.

La castidad provoca una trasmutación de nuestro ser interior, acrecienta la intensidad y apresura el ritmo de las vibraciones de nuestros cuerpos sutiles. Despierta las

¹ Vivió á principios del siglo XIV y fué la mujer idealizada por el poeta italiano Petrarca, en su *Cancionero*.

² Nombre de una fuente en cuyas aguas se incendiaba la madera tan pronto como en ellas caía, cuando la luna estaba en su menor creciente. Tal dice el poeta latino Ovidio en las *Metamorfosis* libro XV, capítulo VII.

capacidades adormecidas de nuestra mente superior y puede entonces producirse un fenómeno trascendental en la vida del hombre.

Conciencia Cósmica

De pronto como si de todos los puntos del horizonte se levantasen soles resplandecientes, el día se ilumina como si antes hubiese sido de sombra.

Por momentos se siente que esa luz está en nuestro corazón y que sus rayos penetran todo el Universo. Una deleitosa emoción de felicidad baña nuestro sér. Aquella es toda la luz. Tiene el brillo de las aguas que juegan en las gemas¹ y son suaves á los ojos. Es un momento sublime de bendición.

Imaginad una noche de luna y agregad unas tras otras centenares de lunas, millares de lunas y el mundo así embellecido es una débil imagen de la visión de luz y de suavidad de quien alcanza ese estadio² superior de la conciencia. Es luz que Whitman³ llama «inefable luz—rara luz, indecible, que ilumina la verdadera luz—que está más allá de los signos, de la descripción, más allá del lenguaje.»

¹ Piedras preciosas.

² Grado.

³ Poeta yanki (1819-1892). *Leaves of Grass* es su obra más conocida.

Y junto con la luz, en el esplendor del éxtasis, se siente la presencia de un Poder, de una Verdad que desata, quemándolas, las ligaduras de nuestras limitaciones. Nuestras ambiciones, nuestras aspiraciones, como aristas al fuego, se desvanecen para dar nacimiento á otra suprema aspiración: perpetuar ese estado de conciencia, alcanzarlo una y otra vez más, vivir siempre en él. Se disuelven en el agua regia¹ de un sentimiento de venturosa paz todos los temores, todas las tristezas y las preocupaciones y las ansiedades. La vida tiene el encanto de una rosa de luz hecha perfume en nuestras manos, nos envuelve el maravilloso fulgor de una callada aurora de felicidad bendita é izando sus velas el alma, navega en el océano de lo Infinito y lo Inmortal.

Una sensación nueva, como una princesa recluida largo tiempo ha en nuestro corazón, sale y llena con el hechizo de su belleza y su alegría todos los parajes florecidos de nuestra conciencia: se es ya el hombre nuevo, el «dos veces nacido» de Jesús, el «Especialista» de Honorato de Balzac,² el «otro yo soy» de Walt Whitman.

El Dante no pudo llamar esa sensación más dulcemente, «Beatrice» y Sir Humphry Davy,³ después de esa visión, vuelto á la

¹ Agua que se usa para probar los metales.

² Famoso novelista francés. (1799-1850.)

³ Químico eminente del siglo XIX. Cuando descubrió el gas hilarante, al respirarlo, alcanzó esa visión á que se refiere el texto.

conciencia normal, dijo: «todo es ideas, el Universo es pensamiento», porque tras aquella inmersión en la luz que es madre de toda la luz, junto con la felicidad inefable se experimenta la iluminación intelectual. Como en esquema se comprende el Universo, y la materia, para los ojos ordinarios muerta, aparece como una augusta presencia viviente. Se contempla la sabiduría; con solo mirar se aprende, y el sencillo zapatero se convierte en un Jacobo de Boheme¹ que de un instante á otro sabe de las cosas morales y de lo suprasensible tanto como si hubiese frecuentado por largos años las universidades de su época. Se hace directo el conocimiento de la armonía del Cosmos, de la Unidad indisoluble del Universo. El libro pierde su significación primordial. Es uno de los recursos más fecundos del progreso, contiene la sabiduría y el error humanos; pero no toda la sabiduría, sobre todo, no la sabiduría del corazón. Mas el despertar del hombre á esta conciencia superior, el nacer por la segunda vez, constituye la iniciación en la verdadera Sabiduría.

Al í está el río de las aguas de vida que lleva con la imagen azul de los cielos, y el reflejo de las cosas de las riberas, el cono-

¹ Modesto zapatero alemán de fines del siglo XVI y principios del siguiente. Dedicado á la lectura de la Biblia y á la meditación, alcanzó visiones que le llevaron á escribir obras filosóficas de consideración.

cimiento de todas las grandes verdades. Allí aprendió Bacon-Shakespeare¹ toda su ciencia de lo humano y de lo divino y por eso su Hamlet dijo: «There are more things in heaven and earth, Horatio—Than are dreamt of in your philosophy»² y en su *Progreso del Saber*: «The knowledge of man is as the waters, some descending from above, and some springing from beneath; the one informed by the light of nature, the other inspired by divine revelation».³

Esa supraconciencia ó Conciencia Cósmica, ese relámpago de luz que alumbra el alma de la claridad del día, es la revelación de Pablo,⁴ la beatísima visión del Dante, la Musa á que se refiere Bacon-Shakespeare en sus sonetos, la «revelación divina» de la bella comparación antes citada. Es esta sublime conciencia la que hizo de Bacon-

¹ El Autor escribe Bacon-Shakespeare, en vez de decir sencillamente Shakespeare, el más grande de los poetas del mundo occidental. Está convencido de que el autor de las obras dramáticas, los sonetos y los poemas es Francisco Bacon, célebre filósofo inglés del siglo XVI. Las razones las expuso en el número 9 de la III serie de la COLECCIÓN ARIEL.

² Hay en el cielo y la tierra, Horacio, más cosas—que las que ha soñado tu filosofía.

³ El conocimiento del hombre es como las aguas, descienden algunas desde lo alto y otras brotan desde abajo; el uno informado por la luz de la naturaleza, el otro inspirado por la revelación divina.

⁴ Se alude á la visión que tuvo San Pablo en el camino de Damasco.

Shakespeare el más divino de los poetas humanos; ella dió á Emerson¹ su grandeza, á Whitman su amplitud, á Tennyson² su profundo sentimiento de inmortalidad; la espiritualidad á todos.

Esta supraconciencia con su inefable visión de luz que deja trasparente la materia del pensamiento con que se ha edificado el mundo, con el sentimiento de un éxtasis de felicidad, con la sensación inolvidable de la inmortalidad, con el atractivo que imprime á la persona será la conciencia normal de la Raza que se aproxima.

Los artistas van siendo los precursores. Son la flor de la Humanidad y deberán convertirse en su fruto.

Mas no será con el ajeno y la morfina, sino con una vida sencilla, dedicada á la meditación y la labor, con un cordial amor por la obra que se ejecuta y no por el resultado de ella; no por el amor del éxito entre los hombres, sino para su encanto y su elevación.

Casos de supraconciencia

Sólo hay dos verdades en la afirmación del superhombre de Nietzsche: la necesidad imperiosa de que del hombre actual surja

¹ Eminente poeta, filósofo y conferencista yanqui (1803-1882).

² Poeta inglés (1809-1892).

otro nuevo como se levanta un sol sobre un horizonte oscuro; la elevación de su mentalidad hasta tocar las lindes de lo eterno divino. Todo lo demás es falso y monstruoso. Hermosos tipos del superhombre ya han pisado con sus sandalias el polvo de nuestros caminos. Lo que les distingue es la amplitud de su conciencia, su transformación interior, la santa sabiduría del corazón; no la indiferencia, no el desdén, no la dureza.

No busca el superhombre la gloria, sino el alma de la belleza, de la fuerza, del amor: busca lo divino en la Naturaleza y pasa por el mundo, velado como un dios homérico¹ en fuga ó espléndido como un dios que se pone en evidencia.

Hay un momento en que se levanta dentro de nosotros esa luminosa cumbre de la conciencia, como una isla brota de entre las aguas del océano. Puede sumergirse luego —lo que con más frecuencia sucede— ó permanecer visible: desde aquel instante la vida interior del hombre se transforma para siempre. La impresión de luz, la sensación de una Presencia Amorosa trasmutan nuestra vida: es algo semejante á la transformación del hierro dulce en contacto del imán: lo deja poderoso y atrayente. Escuchad el relato de una mujer, Jonathan Edwards, que

¹ Se alude á la manifestación franca ó velada de los dioses en la guerra de Troya, tal como la describe Homero en la *Iliada*.

interpreta desde su punto de vista personal esa sensación extraña: «Me parecía percibir un rayo del amor divino, bajando del corazón de Cristo, desde el cielo hasta mi corazón, en una corriente continua, como un río de dulce luz. Al propio tiempo mi corazón y mi alma hervían en el amor de Cristo como si hubiese un flujo y reflujo continuo del amor celestial y yo nadase y sobresaliese en aquellos rayos suaves y resplandecientes como nadan y se agitan los corpúsculos de polvo en los rayos del sol que entran por las rendijas de las ventanas. Creo que lo gozado en cada uno de aquellos minutos valía más que todas las satisfacciones y placeres de la vida entera. Era una dulzura en la que perdiéndose el alma parecía que mi frágil organismo no sería capaz de soportarla por más tiempo... Al día siguiente por la mañana me parecía haber fijado por completo mi suerte. Sentía que las opiniones del mundo no tenían valor alguno para mí»...

Escuchad las palabras de Tolstoi: «Recuerdo un día de primavera. Encontrábame solo en medio del bosque y aguzaba el oído á sus rumores llenos de misterio. Escuchaba y mi pensamiento volvía atrás hacia lo que durante los tres últimos años había constituido mi continua preocupación: la busca de Dios. Pero cómo he llegado á la idea de Él? me preguntaba.

«Y de nuevo surgió en mí, con este pensamiento una alegre aspiración hacia la vida. «Todas las cosas despertaban en mí y reci-

bian un significado... Después de esto la luz refulgió en mi interior y en torno mío de un modo jamás sentido y desde entonces jamás ha vuelto á extinguirse... Renuncié á la vida convencional del mundo, reconociendo que aquello no era vida"...

Escuchad las palabras del converso Alfonso María de Ratisbona¹ después de contar como había llegado á una iglesia, á invitación de un amigo: «Cómo es posible que pueda yo hablar de ello? Oh, la palabra humana no debe intentar describir lo que no puede expresarse; toda descripción, aunque fuera sublime, no sería más que una profanación de la verdad inefable... No sabía donde me encontraba; ignoraba si era Alfonso ú otro; trataba de reconocerme y no me reconocía. La alegría más ferviente brillaba en mi alma; no podía hablar, no quería revelar nada; sentía en mí un no se qué solemne y sagrado que me indujo á pedir un sacerdote... Todo lo más que puedo decir es que en aquel momento cayó la venda de mis ojos; y no solo una venda, sino la inmensidad de vendas que me habían ocultado la verdad desaparecieron sucesiva y rápidamente como el fango y el hielo bajo la acción de un ardiente sol... No me explico aquel cambio más que comparándolo á un profundo sueño ó á un ciego de nacimiento

¹ Judío converso al catolicismo, fue originario de Estrasburgo. Murió en Jerusalem en 1884. La cita se ha tomado del relato de su conversión.

á quien de repente se le desnubla la vista; ve, pero no se explica la luz que le ilumina y en la cual contempla, lleno de admiración, los objetos. Si no es posible explicar una luz física, cómo se podrá dar idea de una luz que en su base no es más que la misma verdad?»

Cuando la isla luminosa se hunde en el océano de la conciencia ordinaria, nuestro mundo interior queda aún como alumbrado por un crepúsculo de oro tras la desaparición del sol. Todas las cosas del mundo se levantan entonces á nuestros ojos como recién lavadas en una agua de resplandores: todas son nuevas, todas nos dicen su palabra íntima. Al emplear los nombres de las cosas, al dibujar sus imágenes, al cincelar sus formas se hace uso de las palabras y las líneas y las luces de todas las gentes, pero con un sentido más profundo y á manera de símbolo. Por eso es tan poderoso su poder sugestivo. El símbolo pone cadenas de luz á la mente: la fija y la ilumina.

Todas las obras de una elevada inspiración tienen un sentido simbólico, expresado con frecuencia por medio de una imagen ó una forma sensorial. Tal es el valor de la expresión de Simónides:¹ «La pintura es una poesía muda». Este sentimiento de la renovación de las cosas es trascendental y no falta nunca en quien siquiera por un ins-

¹ Poeta lírico de la antigua Grecia 566 á 444 antes de Cristo).

tante ha vivido ese estado de Conciencia Cós mica.

Escuchad de nuevo las palabras de una mujer que lo ha experimentado: «Cambiaba el aspecto de todas las cosas y no parecía sino que en casi todas ellas hubiese una especie de calma, de dulce disposición, una apariencia de gloria divina».

Belly Bray dice:... «Sólo recuerdo que todo me parecía nuevo, las personas, los campos, los rebaños, los árboles. Era como un hombre nuevo en un mundo nuevo»...

Otra mujer escribe:... «Al alzarme (estaba de rodillas) exclamé: «Las cosas viejas han pasado, todas las cosas son ahora nuevas». «Era como si entrase en un mundo nuevo, en una nueva existencia. Recibían glorificación los objetos naturales; mi visión espiritual se había aclarado de tal manera, que descubría bellezas en todo objeto material del Universo: los bosques hablaban una música celeste; mi alma se estremecía de júbilo en amor de Dios y experimentaba el deseo de que todos pudiesen participar de mi gloria».

Un hombre dice:... «Me parecía que el Cielo se abría dejando caer rayos de luz y de gloria. Y esto no duró solo un instante, pues durante todo el día y toda la noche sentí que ríos de luz y gloria inundaban mi alma. Cuánto había cambiado! Todas las cosas me parecían nuevas. Hasta mis caballos y mis cerdos y todo el mundo me parecían distintos».

Escuchad las palabras de Thoreau:¹ ... «Estar solo me parecía desagradable. Pero durante una ligera lluvia, mientras estaba preocupado por aquellos pensamientos, me dí cuenta de una dulce y benéfica sociabilidad encontrada en la Naturaleza, en el mismo chocar de las gotas de lluvia, en todos los objetos, en todos los sonidos circundantes; sentí de improviso que me rodeaba una atmósfera de amistad infinita é invencible, que reducía á la mayor insignificancia todas las imaginarias ventajas de la vecindad humana, en la cual nunca he vuelto á pensar. La más pequeña hoja de pino se llenaba de simpatía hacia mí, convirtiéndose en amiga mía. Tenía conciencia tan completa de la presencia de algo familiar en la naturaleza, que desde aquel punto y hora creo que ningún lugar en el mundo podría serme extraño».

Ahora comprenderéis el sentido recóndito de aquella joya de la literatura italiana, *La Vita Nuova* de Dante. «Después de este soneto—dice—me apareció una visión maravillosa, en la cual ví cosas que me hicieron resolverme á no decir nada más de aquella Bendecida, hasta tanto yo pudiese hablar dignamente de ella». Después de esa visión comienza la vida nueva para Dante, y su Beatriz es el símbolo de esa visión.

Después de citar tres versos de Dante

¹ Escritor yanqui (1817-1862). Es muy conocida su obra *Walden*.

referentes al Cancerbero,¹ añade Ruskin:² «Es una de las innumerables sutilezas que revelan el perfecto conocimiento—inconcebible excepto como forma de la inspiración—que Dante tenía del sentido interno de los mitos y de la teología clásica como de la cristiana conocidas en su tiempo.»³

Bacon-Shakespeare dice en su primer soneto: «Tú eres ahora el más fresco ornamento del mundo—y solo comparable al heraldo de la alegre primavera». «Puedo compararte á un día de verano?—Tú eres más hermoso y de mayor agrado», dice en el soneto XVIII y en el XXXIII: «De qué manera podría yo cantar tu alteza—cuando tú eres la mejor parte de mí?» Y de los primeros 126 sonetos casi no hay uno solo que no haga referencia á esa iluminación de la Conciencia Cósmica á quien Bacon-Shakespeare atribuye sus dramas.

Balzac alcanzó las cumbres de su conciencia cósmica en 1831 ó 32, año en que escribió ese libro admirable: *Luis Lambert*. En él da una descripción de la Especialidad, como él llama ese supremo estado. XIII: El Universo de las Ideas—dice—se divide en tres esferas: la del Instinto, la de las Abstrac-

¹ Según los mitos clásicos (los de la antigua Grecia y Roma) un perro de tres cabezas, el Cancerbero, guardaba la puerta del Hades (el Infierno) impidiendo la entrada á los seres vivos ó la salida á los espíritus.

² Crítico y ensayista inglés (1819 á 1900).

³ RUSKIN. *St. Mark's Rest*, pág. 39.

ciones y la de la Especialidad... XVI La Especialidad consiste en ver las cosas del mundo material y las del mundo espiritual en sus ramificaciones originales y consecuenciales. Los más notables ingenios humanos son los que han salido de las tinieblas de la Abstracción para llegar á las claridades de la Especialidad... Jesús era un Especialista, veía el acto en sus raíces y en sus productos, en lo pasado que lo había engendrado, en lo presente en que él se manifestaba, y en lo venidero en que se desenvolvía; su vista leía en el etendimiento ajeno. La perfección de la vista interna da el don de Especialidad. La Especialidad trae consigo la intuición que es una de las facultades del *hombre interno* del que el Especialismo es un atributo... XVII Entre la esfera del Especialismo y la de la Abstracción hay como entre ésta y la de la Instintividad seres en los cuales los diversos atributos de los dos reinos se confunden y producen seres mixtos: los hombres de genio. XVIII El Especialista es necesariamente la más perfecta expresión del *Hombre*, el eslabón que une el mundo visible á los mundos superiores: obra, ve y siente por su Interior. El Abstractivo piensa; el Instintivo obra. XIX El Especialismo abre al hombre su verdadera carrera, lo infinito empieza á manifestarse en él, que entrevé su destino».

Después de narrar Walt Whitman cómo en una mañana de verano la luz abrió su pecho para encender su corazón, añade:

«De súbito se levantó y esparció en torno mío la paz y la alegría y el conocimiento que sobrepasa todo el arte y el razonamiento de la tierra. Y conocí que la mano de Dios es la más antigua mano de mí mismo, y conocí que el espíritu de Dios era el más antiguo hermano mío, y que todos los hombres nacidos son mis hermanos, y todas las mujeres mis hermanas y mis amadas, y que la quilla de la creación es el amor». Y más tarde dice: «Como en un desmayó, en un instante, otro sol, inefable me deslumbró y conocí todos los orbes, y más brillantes, desconocidos orbes; un instante de la futura tierra, de la tierra de los Cielos», como ya Dante había dicho: «El día parecía sumarse al día, como si aquél que puede hubiese adornado los cielos con otro sol».

Y Wordsworthⁱ escribió: «He sentido una presencia que me turba con la alegría del elevado pensamiento; un sentido sublime de algo muy profundamente difundido que habita en la luz de los ponientes soles y en el combo océano y en los vivientes aires y en el cielo azul; y hay en la mente del hombre un impulso y un espíritu, que impele todas las cosas pensantes, todos los objetos de pensamiento y gira á través de todas las cosas».

Y Tennyson luego que ha contado cómo desde su juventud alcanzó ciertas visiones cuando hallándose solo repetía su propio

i Poeta inglés (1770-1850).

nombre, dice: «Sí, es verdad que hay momentos en que la carne es nada para mí, en que siento y conozco que la carne es la visión, Dios y lo espiritual, lo único real y verdadero... Podéis decirme que mi mano y mi pie son solo símbolos imaginarios de mi existencia. Podría creeros, pero jamás, jamás me convenceréis de que mi yo no es una eterna realidad y que lo espiritual no es la parte verdadera y real de mí mismo».

La Inspiración

Basta!—me diréis—y os responderé también: Basta! No intento dejar una convicción montada sobre un trípode de pruebas. Acerca de las bellas cosas del corazón no se argumenta. La sabiduría del corazón es la suprema sabiduría entre los hombres y está del otro lado y más allá de la razón: es la intuición. Por ella sabéis, conocéis sin haber visto, sin haber aprendido directamente las cosas que adivináis.

Las sensaciones repetidas y refundidas en una, generan la imagen. Las diversas imágenes mentales resumidas en una, constituyen el concepto. La riqueza y la amplitud de los conceptos construyen la inteligencia y el talento. Recoged imágenes, construid conceptos y tendréis elaboradas las facultades mentales del hombre ordinario, aun las del grande ingenio. Pero así no procede el

genio y menos aún el «Especialista» de Balzac.

Sumad conceptos á conceptos extraídos del Universo por medio de la meditación, de la concentración de vuestra mente y de súbito, en un instante divino, ellos se fundirán en el crisol¹ de vuestra mente superior y surgirá la iluminación de la Conciencia Cósmica. Es un estado de conciencia suprema durante el cual no se argumenta ni se razona: se ve, se sabe, se siente. Por eso se afirma; no se duda, no se pregunta. Entonces las afirmaciones ajenas, las de las grandes obras del arte, encuentran en nosotros su confirmación ó su contraste. La Ciencia procede construyendo andamiajes; la intuición no los conoce; salta por encima de los abismos oscuros y del otro lado de las cumbres. Como las águilas, viaja de cumbre en cumbre. Cuando el hombre de ciencia es de genio, posee intuiciones y á veces su existencia se desliza á lo largo de una ruda labor para probar una intuición: es el caso de Newton.²

El hombre de ciencia está separado de la plenitud de la Conciencia Cósmica por tan delicados velos que con frecuencia los atra-

¹ Vasija de barro para fundir á muy alta temperatura.

² Astrónomo inglés (1642-1727). Consagró muchos años de su vida á la investigación de la Ley de la Gravitación Universal, entrevista, según la leyenda, cuando siendo joven, vió caer una manzana.

viesa la luz maravillosa de ella: el genio relampaguea. Y más tarde los zapadores de la crítica van buscando las vetas de las ciencias que conoció y dominó el hombre de genio y se admiran de que las haya conocido todas, de que se haya adelantado á su época. Descubre verdades sin gabinetes, ni laboratorios, ni observatorios. Es que en estos sitios—también sagrados—el hombre busca las pruebas y ensaya. El destino de ellos no es alcanzar allí la intuición, sino el conocimiento razonado. Si en ocasiones la alcanza, es porque el gabinete suele ser un oratorio, un meditatorio, como lo es el taller del artista.

Todo en el Universo vibra. No hay una sola excepción en el largo recorrido de la roca á la mente, ni la hay de la mente á lo divino.

Todo se halla en perpetua vibración y las diferencias aparentes de las cosas débense á los cambios de ritmo de las vibraciones, exactamente como sucede en los colores y en los sonidos. Y acontece otro tanto en la escala infinita del pensamiento. Pensar es poner á vibrar con un determinado ritmo la materia sutil de nuestra mente. Y se establece perfecta armonía entre el pensamiento y la naturaleza de las cosas acerca de las cuales se piensa: armonía que resulta de la identidad ó de la proporcionalidad de los ritmos de las vibraciones.

Concebid con energía y precisión una idea, clavadla delante de los ojos de vues-

tra mente por algunos momentos y os habréis hecho capaces de lanzarla lejos de vosotros á llamar con su aldabón de plata á la entrada de las otras mentes, algunas de las cuales le abrirán de par en par sus puertas, si asaz sensible es el habitante para escuchar el insinuante llamamiento.

Y en este inmenso océano de vibraciones cada sentido orgánico recoge las que se hallan en cadencia con las suyas propias; cada mente percibe las que son armónicas con las suyas. La consonancia produce la simpatía, y aversión la disonancia. Y no es indiferente el motivo del pensamiento: mientras más elevado sea el motivo más rápido será el ritmo de las vibraciones y más intensas serán ellas.

Nuestros cuerpos sutiles son instrumentos musicales: diversas emociones producen diversos acordes ó diversos timbres; diferentes pensamientos, diferentes armonías. Entrad en una barca y dejaos llevar sobre las aguas encendidas de ocaso, en las espaldas movibles del mar: contemplad la escena y meditad ante ella. Lentamente irá llegando á vosotros una caravana de pensamientos luminosos y magníficos. Os sentiréis dichosos y grandes y con destino á los seres amados fletaréis la barca invisible de los más dulces recuerdos con la canela y la mirra, con el bronce y el sándalo de vuestro corazón; sentiréis el anhelo de expresar, de revelar ese mundo que repentinamente se ha despertado en vuestro interior. Esa

es la inspiración. Os sentís vibrar y con frecuencia os tiembla el cuerpo también: las rodillas, la voz, las lágrimas.

La inspiración da perfección. Pueden existir los defectos de ejecución, como en Miguel Angel, como en Whitman; pero la luz sagrada bañará el conjunto y todo parecerá noble y perfecto. «La musa misma les ha enseñado su arte—dice Homero,¹ hablando de los aedas² —porque ella ama la tribu de los cantores divinos». La forma del ánfora se olvida, al saborear la excelencia del licor que ella contiene.

Ante las playas vastísimas que circundan nuestra mente están golpeando sin cesar los oleajes de los mares del pensamiento. Y vienen de todos los horizontes esas olas, con el reflejo de todos los cielos en sus bellos ojos de aguas azules. Cuando la mente mira hacia un horizonte las olas que temblorosas llegan de ese rumbo entran y ponen su temblor en los límpidos cristales de la mente. El hombre se siente rico de pensamientos no concebidos antes. Y son suyos, sin embargo, porque en torno de nuestro corazón gravitan los afectos que habrán de ser nuestros, como en torno de nuestra inteligencia gravitan las ideas que serán de nuestra propiedad en algún momento de la

¹ Divino cantor griego á quien se atribuyen dos admirables relatos poéticos: la *Iliada* y la *Odisea*. Probablemente vivió por el año 900 antes de Cristo.

² Trovadores griegos.

vida. Concentraos con interés en algo y produciréis un efecto de magos: es como si rasguñaseis la lámpara de Aladino: el genio obediente os traerá en azafates primorosos, unos en pos de otros, los más nítidos y transparentes pensamientos acerca del asunto sobre que meditáis, la línea, el color, la nota, la palabra; siempre la idea.

La raza de los hombres de oro vivió como una tribu de dioses sobre la tierra—cuenta el inspirado Hesiodo¹—y apartados de los desiertos del dolor y de los valles de las lágrimas se durmieron, para morir, con la dulzura de la niñez tranquila. Mas Zeus² les convirtió en los amables genios, que invisibles á los humanos ojos recorren la tierra para velar por los hombres. Son sus pensamientos fúlgidos y con ellos diríase que pueblan la atmósfera mental de los hombres inspirados. Son los hermosos númenes que recogen en los infinitos trigales de la luz las doradas gavillas con que van iluminando su mañana los mortales. La inspiración es el acto de sumergir la mente en esos esplendores para traducir en el lenguaje humano su excelsa belleza ó su recóndita verdad. Su rasgo distintivo es que deja tremulando divinamente á nuestras almas, como banderas agitadas por el viento durante una marcha de triunfo.

¹ Célebre poeta griego. Vivió por el siglo IX antes de Cristo.

² Así llamaban los antiguos griegos á Júpiter, el dios creador de todos los seres.

Las vibraciones ordinarias de nuestro cuerpo se sutilizan en los momentos de la inspiración, y el alma, trasfundida¹ en él, le convierte en un puente de luz por donde descienden de los mundos superiores certidumbre de inmortalidad y paz de sabiduría. La inspiración sella de gentil belleza el semblante del artista, así sea su fealdad la de Danton² ó la de Tolstoi. Es un lejano reflejo de lo divino flotando en el aura espiritual del artista.

Los que contemplan la obra inspirada, los que la oyen, los que la leen, experimentan el estremecimiento deleitoso que se fuga por todas las fibras del organismo hacia los sitios escondidos del alma en donde despierta todas las imágenes dormidas y todos los recuerdos de cabellos blancos y todas las esperanzas de cabelleras rubias.

Á veces un numen de la raza de oro, en armonía con el artista, desciende con las manos cuajadas de joyas ideales de un raro valor. Los oráculos antiguos llamaban este mensaje revelación del numen. La pitonisa en éxtasis, en trance ó ebria por los vapores de la tierra, como en Delfos,³ elevaba su mente como se alza una ánfora con los dos brazos, para recibir la inspiración ó la reve-

¹ Fundida al través.

² Tribuno revolucionario francés (siglo XVIII), famoso por su fealdad.

³ Uno de los antiguos templos, célebre por la veracidad de sus oráculos. Estaba construído sobre un terreno que despedía gases sulfurosos.

lación del dios. Así el artista: colocando su talento sobre la columna inmóvil de una meditación de pórfido invita á la Musa «que ama la tribu de los cantores divinos» á derramar en él, como en una taza de zafiro, el jugo de los frutos del genio, que como la ambrosía, da la inmortalidad y la perpetua juventud.

Soledad y silencio

Los poetas dicen cosas divinas, pero no saben lo que dicen—afirmaba Sócrates,¹ y existe una verdad en la afirmación. La inspiración sublima el sér interior y le hace apto para percibir fulgores de las eternas y radiantes verdades. Sabe que sus aseveraciones son certidumbres, pero no se cuida de construir las armazones del razonamiento para volver á ellas cuando el arrebató de la inspiración cesó. La escala por donde el artista inspirado nos conduce á las alturas está trabajada en afirmaciones de bronce. Por ella se sube á la solemnidad de las grandes obras del arte. Pero subido que se ha, la escala se rompe, y quedan aquellas alturas incendiadas, como soles ponientes.

La inspiración no consiente ante sus ojos ni en sus manos las páginas del libro; ella

¹ Filósofo ateniense; murió el año 400 antes de Cristo. Ha quedado como la más alta personificación de la sabiduría antigua.

es el solo viviente libro que todo lo dice, porque todo lo sabe, todo lo está viendo. La misma luz del día se funde en conocimiento á sus miradas.

Como el libro, la voz de los hombres turba la visión extática. Se huye de ellos y se busca la soledad, en cuyo regazo encuentran nuestras sienas la frescura de la paz y la caricia de la beatitud. La inspiración es un manantial que sólo puede murmurar sus mejores palabras en la soledad, en armonía con las voces de los extraños lenguajes de la Naturaleza.

Se busca el desierto, el apartamiento de los hombres, no por misantropía, sino por amor de la soledad, que es de la inspiración nodriza que no envejece nunca. Sumid vuestra mente bajo las aguas serenas de la soledad y á poco aparecerán los nevados nenúfares del pensamiento sobre el haz de las aguas. Abajo, en el fondo, la mente no turbada recibe mejor el esplendor del día y las gotas de fuego de los diamantes de la noche. La soledad alza el sudario inconsútil¹ que vela las corrientes de la vida que fluyen bajo la piel de las cosas que parecen muertas; por eso es idéntica la misión del arte, que no puede vivir sin la inspiración, ni fuera del magnífico santuario de la soledad. La obra creada se destina á los hombres, pero la creación la hace un dios en sus días de

¹ Sin costuras, como los vestidos de los grandes Iniciados.

soledad y por el amor de crear. Es un santuario tallado en el blanco mármol del silencio, la soledad; y en sus altos é historiadados ventanales aparece y se refleja nuestra imagen: la soledad nos pone delante de nosotros mismos y con frecuencia somos dos: el que ve y afirma y crea; el que razona y admira la creación, sin comprenderla bien, á veces.

En verdad nos dirigimos al santuario de la soledad para no estar solos, sino en la excelsa compañía del hombre divino que se cierne por encima de nuestro pensamiento ordinario. Quien no ha conocido á su hombre divino, quien no sospecha su misteriosa existencia, no ama la soledad, aunque huya del ruido de los hombres. No todos los santos se refugiaron en el desierto por odio al mundo: anhelaban ponerse en contacto con su hombre divino, realizar el Cristo en su sér, para emplear la mística y simbólica expresión de San Pablo de Tarso, que fué un caso eximio de Conciencia Cósmica, del «Especialismo» de Balzac.

Está hecha de soledad y ornada con las gracias del silencio «la escondida—senda por donde han ido—los pocos sabios que en el mundo han sido». La paz interior pasea su señorío en nuestro corazón cuando cae delante de sus pasos la sombra de la amorosa soledad y es esta paz la que da sabiduría. La mente no turbada por las agitaciones del mundo, es como el agua tranquila: refleja todo el Empíreo.

Se entra en la soledad, como el león en el desierto: para ser señor de sí. En todas las crisis morales únicamente la soledad baña nuestro corazón en el agua lustral de la serena paz. Y la más tempestuosa crisis de la conciencia humana la trae consigo la aparición de la Conciencia Cósmica. Entonces, como á la hora de la invasión de un hondo y secreto amor, se corre en busca de la confidente soledad, de donde se vuelve con el alma vasta como un mar hormigueante de naves cargadas con todos los tesoros de la tierra. Sospecha el mundo que aquel hombre guarda un secreto en su vida, porque hay una extraña reserva en sus maneras; pero él calla, porque siente que no sería comprendido. De allí su lenguaje simbólico en la piedra, en la pintura y en la poesía. En el primer momento sus obras parecen extrañas y son estimadas y comprendidas de pocos, y sólo cuando la barca del tiempo las ha trasportado muy lejos, la humanidad pensadora aprende á llevarlas en la memoria como lleva el aroma de la flor en sus ondas el viento.

En la soledad amo el rayo de luz y la flor y el animal, porque en ellos miro una fuerza espiritual que me invita á ascender á los planos superiores del Universo; son la expresión evidente de las corrientes de la Vida invisible que cambia la acidez de la fruta naciente en la suavísima y perfumada dulzura de la madurez. Así esa fuerza recóndita me arrastra á la soledad, ante el

santuario de mármol del silencio y allí mi alma se tiende sobre la yerba blanda de sus sueños y sus meditaciones. La Eternidad, entonces, se ofrece á mis ojos con su traje de cielo y de estrellas, con su cabellera de luz y de siglos para grabar en mi espíritu el inviolable recuerdo de su inmortalidad.

La soledad se convierte en asamblea, porque todas las cosas hablan: es la voz del silencio, alzándose como un surtidor de elocuencia en nuestro corazón. Se apagan las voces humanas y de los remotos confines de la Atlántida¹ que reposa bajo el océano del alma se remonta el cántico de los cánticos con una armonía suprema que es belleza, es enseñanza y dulcísima beatitud.

No es soledad la del desierto sino la de la ausencia de las almas. Ciertos seres suelen encontrarse solos cuando sus aspiraciones han subido á grande altura por la escala sin fin del ideal y no hallan respuesta á sus palabras ni á sus demandas de aspiración. La Conciencia Cósmica nada demanda, todo lo tiene y siempre está consigo misma en sabiduría y en amor, en la apacible compañía de la Augusta Presencia de la Paz.

Hay en la bellísima quinta del alma un rincón de desierto en donde á veces nos vi-

¹ Por semejanza con la Atlántida de los antiguos poetas y filósofos, continente en donde se desarrolló la evolución de una Raza anterior, de la que son vestigios muchas tribus indígenas de América y Asia. Quedó sumergida bajo las aguas del Atlántico.

sita una atrayente deidad, una vehemente Salomé, ataviada de transparentes encajes: la encantadora Tentación. Allí llega á hablarnos de triunfos y de oro, de senderos de laurel; de mirra é incienso de gloria, de Venecias de amor. Danza, radiante de belleza y de fuego, para hacernos olvidar el ansia de creación, para extraviarnos en una Arabia de sensuales aromas y pasajeros deleites; arrebatada de las manos del Arte el cincel, la paleta, la pluma ó la cítara y arrastrándole á la roca más alta le insinúa: «Adórame, y ese mundo será vuestro»—señalándole la ilusoria ciudad de la Fama, donde pasean en triunfo las glorias de un día.

Como una extraordinaria reina de Sabá cruza fantásticamente ese desierto en su dromedario de púrpuras y perfumes la seductora Tentación, ante la cual, á veces el Arte se inclina para sucumbir bajo los cascos del dromedario. Arte que no trabaja á la sombra de la contemplación serena del Universo, sino en medio de las agitaciones del mundo, está de antemano condenado á morir de un desmayo, como las rosas del estío.

Cuando la soledad levanta su cátedra entre los árboles amigos, la inspiración le enciende las palabras con los carbones llameantes de su celeste fuego y el artista traduce en sus obras los pensamientos de eternidad y de belleza del Iniciado en las imperecederas verdades que constituirán siempre el más rico y sublime patrimonio

de la Humanidad. Por eso el Arte se considera siempre, y en particular la Poesía, como la lengua de los dioses, la de los profetas y la de los legisladores. Es tal la fuerza de su expresión que se siente en ella la imponente presencia de un numen, de una musa, del dios de la luz y la sabiduría, de Apolo¹ mismo.

Las palabras que se pronuncian, las líneas que se dibujan ó cincelan cuando la inspiración ha puesto su sagrado ritmo en el corazón del artista tienen sabor de perpetua permanencia, un sentido general y profundo, una comprensión universal, que sólo puede encerrarse en el arca de un símbolo: es una estatua de *Apolo*, ó de *Laocoonte*, es una *Iliada*.

El Arca del Símbolo

Es un símbolo la *Iliada*, y de allí su belleza y su duración. La guerra contra Ilión posee la misma trascendencia de la batalla en los campos de Kurú del *Bhagavad Gita*.² Imagináis que un pueblo se lance á la guerra contra otro pueblo separado por vasta

¹ Para los antiguos griegos y romanos fué el dios de la luz, de la poesía, de la música, de las bellas artes.

² Ó canto del Señor; es un fragmento del *Mahabharata*, grandioso relato poético de la India; es por sí solo una de las más importantes obras místicas y poéticas de la Literatura Sánscrita.

extensión de mar sólo por volver al hogar de un rey la encantadora mujer que se entrega en brazos del huésped que se la roba?

Suponéis diez años de pelea y la muerte de los más valerosos jefes de ambas naciones tan sólo por el amor de una mujer que se ha dejado robar?

Helena, esposa de Menelao, es la más bella mujer de la Hélade¹ y vive honestamente en el hogar de su marido hasta el instante en que Paris, venido de Troya² y huésped en el palacio de Menelao, arrastra consigo á la seductora Helena. Los aqueos, para vengar el ultraje hecho á uno de sus reyes, se unen y declaran la guerra á los troyanos. Allí está el fundamento del poema; todo lo demás es una sucesión de episodios, reales unos, alegóricos los más.

Es Helena la porción espiritual del hombre con cuya mente superior ha vivido en contacto, hasta que la mente instintiva, recibida como huésped, traidoramente arrebató aquella porción para llevarla á lo sensual. Cuando la mente superior cae en cuenta de su ausencia reúne todas las fuerzas superiores del sér para lanzarse á la conquista de lo espiritual contra las energías sensuales del hombre y la batalla se empeña con fracasos y buen suceso por una y otra parte, hasta que al fin de diez años, de diez edades, una chispa de lo divino oculta en el

1 Grecia antigua.

2 Ó Ilión, en el Asia Menor.

caballo de madera pone la matanza y el incendio en la ciudadela de la sensualidad para que Helena, no mancillada, vuelva al tálamo nupcial de Menelao.

Es el símbolo de las grandes batallas del corazón humano, en donde las fuerzas de lo espiritual encuentran la lanza y la espada de los valerosos habitantes de Ilión, para triunfar definitivamente sobre ellos.

Una vieja y secreta tradición de la primitiva raza de los Arias¹ cuenta que del blanco planeta de la noche, de Selene, bajaron las almas allí evolucionadas á habitar en los cuerpos de los animales que habían alcanzado en la evolución física el más alto grado de desenvolvimiento. Selene, patria de algunas de las almas humanas, es en su sentido de brillo, de esplendor, lo mismo que Helena, cuya raíz céltica y fenicia al mismo tiempo, *hell*, significa luminoso, lleno de gloria ó de elevación. Helena, es, pues, el alma, como en alemán lo es *seele*, de la misma raíz. Ella es la esposa de Menelao, nombre griego, compuesto de dos palabras fenicias, *men*, lo que regula, lo que determina, la razón, la medida, de donde proceden *mens* y *mensura* de los latinos, y *losh*, con el prefijo genitivo *l*, el sér-principio que opera, de suerte que el sentido total del nombre es la razón del sér—en general—y del hombre en parti-

¹ Los Arias primitivos constituyen el tronco originario de donde proceden los pueblos indogermánicos.

cular, porque *aosh* como *ish* significan á un tiempo, *fuego*, *principio*, *sér* y *hombre*.

Paris, el huésped que traidoramente roba á Helena, es un nombre que aunque griego, procede del fenicio, *phar*, la generación, la propagación y de *ish* cuyo sentido de sér-principio señalé antes. Paris, significa, pues, la generación del sér—en general y del hombre en particular.

En la Iliada la Hélade se designa con el nombre de Acaia, la ígnea, la fuerte, la espiritual, en contraposición á Troya,—la terrestre, la grosera, la que pesa, que también con un nombre sagrado se llamó Ilión, de *yle*, principio material entre los griegos y los egipcios.

Allí están los inmortales personajes del grandioso drama: el alma resplandeciente entregada á la razón y arrebatada en un momento de su feliz existencia por el impulso instintivo de la generación para llevarla á la materia más grosera. Luego, la lucha de los titanes de la Tierra con las divinidades del Cielo.

La Iliada, en lo fundamental, es el poema de un Iniciado. Una montaña de luz levantada por las manos de los mismos dioses para encender el alma de la Grecia como un bosque de pinos que debía iluminar los senderos de la tierra y del océano por donde ha venido viajando la heroica raza de los Arias.

Durante los períodos de esplendor de la Hélade, el Arte y la Filosofía, la Religión y

la Historia vinieron al pie de la montaña para cavar en ella y desgajar haces de luz como de antorchas con que pusieron claridad deslumbradora en la expresión de las estatuas de los dioses y en el santuario secreto de los templos, donde se guardaba la escala de Iniciación por la cual el hombre de superiores virtudes ascendía serenamente á la contemplación del mundo de las Ideas y de los Númenes.

No está lo divino lejos de nosotros, en apartados cielos, sino en nosotros y en torno de nosotros. Nos movemos, nos agitamos en el seno de lo divino; pero ni nuestros ojos ni nuestra mente saben mirarlo sino es en esos supremos instantes de inspiración, en la plenitud de la Conciencia Cós mica en que el Universo se hace de cristal y nuestra vista sublimada, observa durante el encanto de un éxtasis, la infinitud del pensamiento hinchando todas las formas en la inacabable jerarquía de todos los seres.

Porque ni principia ni concluye la cadena de las formas de la vida donde la veis comenzar y concluir. Por el uno y otro extremo se extiende indefinidamente. La vida no tiene límites porque todo cuanto existe y cuanto vibra—y todo vibra—es vida enclaustrada en la forma. La vida existe en el Universo como la luz en el aire: iluminándolo todo.

La Iniciación da este conocimiento directo. No es un acto de creencia, es visión trascendente, intelección de la realidad ocul-

ta tras un velo húmedo y adherido á la forma, como un traje de baño. Porque la Iniciación no es una exhibición de fenómenos raros, sino el nacer de nuevos modos de percepción: desenvuelve capacidades embrionarias, despierta un sér superior dormido en nosotros. Y hoy, como en los bellos y serenos misterios de la antigüedad, el hombre puede abrir sus ojos á un mundo diferente, prolongación de la realidad sensual en que vivimos. Y cuando esto acontece el hombre nace de nuevo, su vida interior se engrandece y la obra que ejecuta adquiere un sentido profundo: la frente ó la cabellera que esculpe, el horizonte que pinta, la estancia que escribe son una revelación de la luz del espíritu.

Mas como se hace á través de la forma, ella absorbe la atención de las miradas y adquiere un sentido externo; es la imagen creada para guardar, como en una urna de reliquias, el sentido simbólico de una eterna verdad.

Tal es la *Iliada*, como tal es *Otelo*¹ ó *Solness el Constructor*:² la imagen exterior de una verdad interna.

Esta sabiduría, traída á la conciencia humana en el arca perfecta del símbolo, como

¹ Una de las célebres tragedias de Bacon-Shakespeare.

² Obra de Ibsen, dramaturgo noruego contemporáneo.

la Eurídice¹ de Orfeo surge del Hades para mirar la luz del sol y vuelve al Hades, según la excelencia del amor con que se la busca. La simple razón no la sabe discernir, por eso nunca la encuentra; la universidad no la conoce, el doctor en ciencias la niega; sólo el genio del corazón la afirma y la conoce y vive en su compañía.

Tan sólo el genio del corazón de la mujer ha conservado en latencia ó en evidencia vislumbres de la sabiduría del corazón; por eso adivina de súbito lo que tras mucho esfuerzo ha logrado el hombre comprender; por eso ella afirma, cuando todos los hombres niegan ó dudan. Su alma lleva el sello del alma del artista ó guarda el alma del artista reminiscencias de un pasado de mujer.

El alma femenina es como la planta trepadora: pide el brazo firme y amoroso de un sustento para vivir en paz y feliz. Y el alma del artista, como ella, también necesita el apoyo del Maestro, el consejo levantado como duraznero en flor para derramar perfumes y fecundidad sobre la frente meditada de la consulta amiga.

¹ Eurídice significa la «perfecta visión que enseña»; es el nombre de la esposa del poeta y músico griego Orfeo y símbolo de la ciencia divina que él amó. El *Hades* se llamó la región suprafísica en donde iban las almas después de la muerte física, según la mitología griega.

Ley de Obediencia al Maestro

El amor de la libertad armó el brazo altanero de la rebeldía para dar muerte á la obediencia. Ya casi no existe la ley de la obediencia sobre los horizontes de la conducta humana; se la ha confundido con la servidumbre y se la detesta por considerársela la virtud de los esclavos. Esa libertad en cuyos brazos de harpía¹ la obediencia perece, si triunfase un instante en los cielos, acabaría con el ritmo armonioso de los astros. Mientras más grande se es, mejor se obedece la ley. La esclavitud se hace la ilusión de la libertad desobedeciendo la ley y su arrogancia sólo le sirve para encubrir con encajes las huellas de las cadenas del siervo.

La obediencia es dulce; nos deja sentir nuestra venturosa dependencia de las leyes del Universo y de los lazos de amor y de armonía de los hombres. También es sabiduría la obediencia, porque mirando el camino á favor de la luz de la experiencia ajena, obra como persona discreta mientras llega el momento de colmar el corazón con la experiencia propia.

La libertad florece en el cuidado jardín de la Obediencia, y del más secreto de sus estanques fluye la originalidad como una

¹ Monstruos alados, con cara de mujer, cuerpo de buitre, y armados de garras, según los imaginaron los griegos.

linfa pura. Pero vive abandonado ese jardín á la belleza de su destino, desdeñado de los hombres que cortejan las artes, no por su encanto, sí por sus ricas alhajas de áureo metal y de gloria de un día.

Abrazado á las rodillas de la Obediencia, mirando sus desnudos y blancos pies, he comprendido la rítmica armonía de los silenciosos pasos de la Ley.

Quien no vive en obediencia, venda sus ojos y echa á andar hacia el peligro. La Naturaleza es madre de regazo blando para el hijo obediente; pero es cruel Saturno¹ para quien intenta desobedecer la sabiduría de sus eternos mandatos.

Sólo el artista obediente es grande; porque quien trabaja á espaldas de la Ley, crea monstruos que estallan al recibir la caricia de la Luz, hija celeste del Número y la Ley.

La Obediencia, de hinojos, ha puesto sus níveas manos de azucena en las amorosas manos del Maestro y le dice: «Dulce y sabio Maestro, condúceme. Yo quiero que tus palabras caigan en la oscuridad de mi sendero como encendidas llamas: yo quiero que tus pensamientos incendien los árboles á lo largo de mi camino para recorrerlo al amparo de su claridad de sol; yo quiero

¹ Para los antiguos griegos era el mayor de los Titanes (gigantes); habiendo matado á su padre, quiso reinar; sus hermanos consintieron en ello, siempre que devorara á sus hijos.

sentir tu presencia, hermosa y tibia, como una tarde de estío, al partir el alto y majestuoso navío del crepúsculo. Yo te amo y sigo tu palabra, como mi ley; tu consejo será un ramo de azahares, empapado de aromas y puesto en la gruta donde nace el río de mi voluntad: allí perfumará todas sus aguas. Yo sé que ese incipiente río con sus linfas olorosas á tí, acabará por correr en un cauce nuevo y reflejar un nuevo cielo, entre riberas sorprendidas por el encanto de sus extraños rumores.

«Dulce y sabio Maestro, guíame. La senda por donde llegaste á la cumbre, será mi senda; mas quiero que sobre su suelo queden las huellas de mis sandalias; anhele llevar mi carga, experimentar la angustia del cansancio y la suave delicia del reposo, sentir sobre mis hombros la cabellera de la luz y sobre mi cabeza el vuelo de águila de la noche, siempre en pos de tí.

«La voz nunca oída que sube á mi pensamiento desde la luminosa cámara del corazón me anuncia que también yo llegaré á la cumbre por mi propio sendero, creyendo seguir tus pasos, tras el sándalo de tus blancas ropas, tras la claridad apacible de tu sombra, cuando se vaya alejando del tuyo la estrechez de mi propio sendero.

«Dulce y sabio Maestro, te amo infinitamente. Y así como ahora tengo depositadas las azucenas de mis manos en las tuyas, así, con el mismo amor, depondré en el ara de tus obras los geranios de mi antiguo orgu-

llo y los altos lirios de mis aspiraciones.

«Dulce y sabio Maestro, te amo infinitamente. Y en los tranquilos campos de ese amor tus enseñanzas se levantarán como arboledas, cuyos murmullos poblarán de inspiraciones la brevedad de mi serena y límpida existencia. Te amo infinitamente, dulce y sabio Maestro».

Pero este exquisito aroma del amor al Maestro apenas puede respirarse en la quieta atmósfera del artista delicado. En los más no existe ó se halla escondido y ajado bajo los trofeos escarlata del orgullo.

«Yo soy mi propio maestro—dice el Orgullo—y fío á mis alas mi vuelo». Mas son las de Icaro¹ sus alas; por eso se precipita en las olas sombrías de la noche sin nombre y pasa á la profundidad de un olvido sin estrellas.

El Maestro es un ideal de perfección en el Arte. Nuestro amor le sitúa fuera de los límites de la Humanidad y hablamos de él con palabras que destilan los aceites olorosos de la unción. Amándolo nos aproximamos á su perfección sin sentir la fatiga de nuestra labor. Una mirada suya, la sola contemplación de una obra suya nos consuela, nos alienta y en los labios amargados del desencanto vierte el licor fortificante del estímulo; sus sonrisas son guirnaldas de

¹ Huyendo de la isla de Creta, Icaro se acercó mucho al sol, se fundió la cera de sus alas ficticias y cayó al mar.

rosas en nuestras sienes; cuando se va acercando á nosotros la sonoridad de sus pasos pone un tembor¹ delicioso en el pavimento de nuestra alma; cuando se aleja, en todas las arboledas de nuestro interior se levantan los rumores quejumbrosos de la ausencia y de la noche. Pero esto es sólo una ilusión; el Maestro jamás se retira de nuestro lado, porque su enseñanza y su pensamiento, su dulce y cordial amor no se apartan de nuestro corazón; son carne de nuestra carne y espíritu de nuestro espíritu.

Sin la devoción á su Maestro, ningún artista fué grande. Y durante los hermosos siglos del Arte los discípulos trabajaron únicamente por la gloria del Maestro, con absoluta abnegación, ardiendo de un grande amor por la belleza de la obra del Maestro. Á veces en las suyas los discípulos le superaron, creyendo, sin embargo, aproximarse apenas á la perfección del Maestro.

Él es el símbolo de la sabiduría y la perfección, representa la inspiración más elevada, el signo más nítido de la conjunción de lo divino con lo humano. El Maestro se levanta por encima de sus discípulos como los nardos morenos sobre las yerbas humildes de los campos, como una colina de sol en medio de una llanura de sombra. Él compendia las leyes de la belleza, de la armonía y de la expresión; por eso nuestra devoción significa un entrañable amor á la ley.

¹ Temblor.

Mas son tan amplias y pobladas de sorpresas las comarcas de la ley, vírgenes aún, que el discípulo, siguiendo la visión del Maestro, de pronto se halla en un extraño paraje inexplorado, que puede hacer suyo con sólo alzar allí un templo, el de su soledad, para entregarse á la meditación y la labor.

Entonces la originalidad llega en secreto, sin que se sienta llegar, y sopla en el semblante de la obra que se crea la irizada y eterna frescura de las aguas del nácar, en presencia de la luz. La palabra de mi Maestro es mi ley y siguiéndola siento que el amor riega de rosas mis pasos, mientras voy repitiendo las palabras del Dante á su Maestro Virgilio: ¹

Tu sè lo mío maestro e il mío autore:
tu sè solo colui, da cui io tolsi
lo bello stile, che m'a fatto honore

Tú Duca, tu Signore e tu Maestro. ¹

Esa veneración al Maestro enciende en nuestros ojos una nueva luz que descubre la más íntima perfección, el más recóndito sentido de su obra. Sólo quien ha amado

¹ Hermoso genio poético latino (71 años antes de Cristo). El Dante lo hizo su guía en el viaje por el Infierno y el Purgatorio.

² Tú eres mi maestro y mi autor
tú eres aquel sólo de quien aprendí
el bello estilo que me ha dado gloria

Tú, Conductor, tú, Señor y tú, Maestro.

mucho al Maestro advierte toda la influencia de su paso por el mundo. Un sincero y profundo amor al maestro ennoblece nuestra inteligencia haciéndola capaz de vibrar en armonía con las más exquisitas y ocultas bellezas de sus obras.

El discípulo comienza por imitar los aspectos externos de la obra del Maestro; pero luego inspirado por el amor, sorprende los movimientos interiores, se apodera de ellos, y cesando entonces de imitar, produce efectos semejantes, porque las formasson siempre la encarnación de los pensamientos humanos o del pensamiento de los dioses.

En el púlpito del Bautisterio de Pisa ejecutado por Nicolás Pisano¹ el contorno del dibujo de las figuras que aparecen en las escenas es de procedencia clásica, no ya la composición; pero en la *Deposición de la Cruz* de la portada de la Catedral de Lucca el Maestro, más dueño de sí, expresa mejor su sentimiento, es más original aún.

Juan Pisano, su hijo y su discípulo, esculpe el púlpito de la Catedral de Pisa. Las escenas son las mismas que eligió su padre; pero aquel sentimiento de la *Deposición de la Cruz* aquí se presenta en su perfecta plenitud y alcanza á la actitud dramática en la *Virgen* de la Catedral del Prato del mismo Juan Pisano que in-

¹ Arquitecto y escultor italiano del siglo XIII.

introduce el sentimiento en el arte italiano de su siglo. Y Juan había venido siguiendo las huellas de su padre y maestro.

Con Giotto¹ se levanta la pintura á la elevación del relato animado. Sus figuras se mueven y hablan, pero su voz no expresa lo que ya dice la acción externa, sino la razón interior que determina la actitud y la palabra.

Se constata de giottistas el final del siglo trece y el amor al Maestro inspira el *Triunfo de la Muerte* del Camposanto de Pisa. En este fresco los placeres del mundo contrastan con la vida espiritual. La muerte aparece triunfadora, avanzando hacia los dichosos que no la esperan, desdeñando á los sin ventura que la invocan. Los mundanos la miran con espanto, y con sereno rostro la contemplan los que ya despreciaron los gozces del mundo. Y por encima de la escena, la batalla de los ángeles y los demonios, arrebatándose las almas de los que mueren.

El autor es un discípulo de Giotto, que le ha amado, que le ha seguido y que no ha firmado su obra, con aquel desinterés que es humildad y profundo amor al Maestro.

Más aún le honró Fray Angélico,² con la tranquila beatitud de sus vírgenes y la suavísima dulzura de sus ángeles. Habiendo comenzado por seguir las huellas de su maestro Giotto acaba por conocer mejor que

1 Pintor de Florencia, Italia (1272-1336).

2 Pintor toscano (Italia), 1378-1455.

él la belleza de la forma humana y de ese modo, recorriendo la senda del Maestro, se halló en un campo extraño que supo hacer suyo: la expresión profundamente mística de todos sus personajes.

El sello del alma juvenil está impreso en el semblante del *David* del Verrocchio.¹ Su cabeza coronada de rizos, su sonrisa que pone una claridad de espíritu en el rostro entero, su mentón² pequeño y sus ojos rasgados anuncian los tipos de Leonardo da Vinci,³ discípulo del Verrocchio.

En efecto, aquella sonrisa espiritual de las Vírgenes de Leonardo le viene del Verrocchio; pero cuánto más embellecida! cuánto más íntima y grata su expresión!

No es de nuestros días la devoción al Maestro. Por el contrario, parece universal el juramento de independencia de todo Maestro; y la ruptura de los vínculos de veneración se aplaude como un bello gesto de valor y de arrogancia. Diríase que cada cual se juzga un creador de las leyes del Universo, un fundidor en bronce de nuevos y raros moldes de belleza. Se abjura de los Maestros, porque se ha extinguido la aspiración á ser grande entre los grandes y se prefiere ser grande entre los pequeños; por eso se amengua la talla de los Maestros.

1 Escultor italiano del siglo xv.

2 Barba.

3 Célebre pintor italiano (1452-1519).

Mas ya en los altos árboles del jardín se posan las alondras que auguran la vuelta de la Aurora. Está vistiéndose de primavera la mañana para venir á oír la voz del Maestro que sentado sobre una piedra miliaria¹ del camino explicará á los artistas recostados en torno suyo las leyes superiores del Arte.

Y el Maestro mismo á todos nos enseñará á construir el templo, como símbolo de la obra perfecta, para que le decoremos dignamente con estatuas y pinturas é infundamos en el alma de cada una de sus piedras la armonía de la Música y el rítmico y sagrado temblor de la Poesía, á fin de que aun el sencillo rayo de luz, al herirlo, sea como un arco de violín que arranque de las piedras del templo una angélica, profunda sinfonía que sea la plegaria del Maestro y el himno de la Luz.

Costa Rica, 1911.

¹ Los que se emplean para señalar las millas á lo largo de los caminos.

Editor: — J. GARCÍA MONJE